

Mi primera pregunta fué la pregunta de un curioso ingenuo. Sin embargo, trajo una respuesta de alto interés.

—¿Por qué ha escogido usted el romanticismo para sus cursos?

Pensaba yo en una comprensión de nuestro ambiente intelectual, indiscutiblemente inclinado hacia la cuerda romántica. Mas, no era esa la causa.

—¿El romanticismo? — me dice — sencillamente para rehabilitarlo. Se le combate hoy día con enceno. No me refiero solamente a las tendencias literarias. Quiero

característicos de cada cual. Hay una maravillosa precisión para coger justamente los elementos que puedan serle necesarios. Y es este el caso del romanticismo francés. Si ello fuese un reproche, se le podría hacer de igual modo al clasicismo que cogió su savia de la España; podría hacerse al Renacimiento italiano; podría hacerse a toda gran época. Luego, influenciarse, mejor dicho, aceptar libremente una influencia, es signo de fuerza y no de debilidad, precisa los rasgos esenciales en vez de borrarlos.

De todo lo anterior, M. Paul Hazard deduce que el gran movimiento romántico no fué una errada influencia extranjera ni una desviación del espíritu francés. Fué una necesidad de renovación espiritual, por lo tanto una demostración más de vitalidad. Y fué además una sacudida valiente a la tiranía intelectual que sobre la Francia hizo pesar Napoleón.

Luego pasamos a hablar de Chateaubriand. Y me revela un hecho de la vida literaria del poeta que puede ser, para muchos, tan sólo curioso, mas que es para mí sencillamente admirable. Se trata de todas las magníficas descripciones que Chateaubriand ha hecho sobre sinnúmero de sitios. Un ejemplo: las del Mississippi. Ha sido irrefutablemente probado que nunca Chateaubriand llegó a los parajes que describe. Podría, entonces, creerse que sus trabajos son puros trabajos de imaginación, un puro desborde de fantasía. Pero no; por bajo de cada una de sus descripciones, hay una base de realidad, que es como los cimientos de una construcción. Por lo tanto, hay siempre un trabajo sobre una exactitud, nunca sobre el vacío. Y esta base es formada por un sin-



CHATEAUBRIAND

rehabilitarlo en mi papel de historiador de la literatura, más que en el papel de poeta o escritor, pues la lucha en su contra toma un marcado carácter histórico. Hay en ella una base política, una intención política. A mi parecer, una injusticia. Se dice y repite en Francia con insistencia que fué el espíritu romántico el que originó la Revolución francesa y que este espíritu, al dejar las letras e implantarse en la política, fué trayendo, con su exageración, con la falta de mesura, todas las calamidades sociales que hoy azotan al mundo. El bolcheviquismo, las anarquías serían, según muchos, la obra de los grandes románticos. Es esta una creencia que empieza a extenderse, y es nuestro deber ponerle atajo. Para darle al romanticismo, un golpe más duro, se hace en su contra un alegato de índole literaria. Se dice que los románticos franceses desviaron el tradicional espíritu francés, hecho siempre de claridad y mesura. La afirmación carece de fundamento. Basta leer cualquier obra romántica francesa para darse cuenta que nunca se cayó en las exageraciones y nebulosidades que caracterizaron el romanticismo en otros países. Siempre una medida de justeza guía a nuestros autores.

—Así, pues, ¿es la claridad y la mesura lo que, a su parecer, caracteriza el espíritu francés?

—Sí, pero no únicamente eso. Al tomar una obra aisladamente, sin duda. Mas en conjunto hay una característica mayor. Ella es la del constante afán de buscar, el constante afán de "recherches". Nuestras artes nunca se cristalizan totalmente en una expresión absoluta; siempre dejan la posibilidad de una continuación. Y es por esta posibilidad por la que se lanzan constantemente también todas las nuevas generaciones. Esto lo que podría con más justeza caracterizarnos: esta inquietud, que no nace de una negación pesimista o escéptica, sino de una oscilación no detenida del espíritu que oscila buscando su perfecto equilibrio.

No es todo aún. Aún se indica como un defecto, se reprocha como una falta, la gran influencia que tuvieron sobre el romanticismo francés, los países vecinos: Alemania, Inglaterra, España. Conclusión: desvío de nuestro espíritu, conclusión demasiado ligera, simple argumento que no resiste a un examen detenido.

Y M. Paul Hazard me explica con un lenguaje claro, preciso, que trataría en vano de reproducir. Al tratarlo, me parece hacer una caricatura. En fin... ¿Qué movimiento artístico o literario no ha nacido de lo que podríamos llamar una cooperación de varios espíritus, un intercambio intelectual? Los que hacen el movimiento, los que crean la renovación, son como un centro magnético, vivo. Y atraen, de todos los demás puntos, materiales nuevos, rejuveneciéndose de este modo. Luego me hace notar un hecho curioso y exacto: cada pueblo, al dejarse influenciar, toma de un pueblo vecino única y exclusivamente aquello que está conforme con sus propias modalidades y queda sordo a lo demás. El contacto de varios pueblos, igual decir aquí de varios espíritus, lejos de debilitar o de desviar, contribuye a acentuar los rasgos



LAMARTINE

número de insignificantes libejos descriptivos, de guías al alcance de cualquier turista, es decir, de narraciones que ganan en exactitud todo lo que les falta en belleza.

Es algo lógico. Chateaubriand, para imaginar, necesitaba exactitud. Dato significativo. Espíritu de disciplina y claridad. Se apoyaba sobre libros mediocres... pues la belleza, el soplo de vida que lo animara todo, era cuestión exclusiva de él. Aquella mediocridad se le convertía en libertad.

Por fin, M. Paul Hazard me hace ver una obra hermosa, un esfuerzo digno de todo elogio. La "Historia de la Literatura francesa" que él ha hecho en colaboración con M. Joseph Bédier, de la Academia. Dos grandes volúmenes que abarcan desde los orígenes de la literatura en Francia hasta nuestros días. El texto va con ilustraciones: documentos, retratos, y sobre todo obras de arte: arquitectura, pintura, escultura, todas correspondientes en fechas a las obras literarias tratadas.

—Pues, me dice M. Paul Hazard, jamás una manifestación del espíritu se muestra aisladamente. Todas van juntas, se compenetran y explican. Así, al leer y contemplar, es apreciar dos veces por dos facetas distintas una misma expresión del alma humana.

J. E.

Se. Nación 3-VI-1924